

NACIONALISMOS Y MOVIMIENTOS OBREROS

LA CUESTIÓN DEL NACIONALISMO EN ESPAÑA

Cataluña

En el siglo XIX la gran burguesía agraria había construido su estado liberal sobre un modelo centralista poco congruente con la tradicional heterogeneidad de los pueblos de España. Mientras ese Estado trataba de perfeccionar sus aparatos y cuerpos legales en ese sentido (Constituciones, Codificación, Abolición de fueros, sistema de telégrafo eléctrico, de ferrocarriles, centralización de la prensa...) se apuntaban rasgos de una tendencia diversa a través del federalismo catalán, tras la supresión de los fueros y paralelamente a un proceso de transformación de la sociedad, cuando todavía el burgués catalán medio aceptaba con agrado una tregua durante el periodo de la *fiebre del oro* (hasta 1882–83). Valentí Almirall será quien se separará en 1881 de Pi y Margall, creando al año siguiente el *Centre Català*. De ese federalismo y del tradicionalismo de Torras y Bages, surge el catalanismo de clases medias. En 1885 la presentación del *Memorial de Greuges* supone la incorporación de la burguesía industrial al movimiento. En 1888 el sector burgués conservador se separa del Centre para formar la *Lliga de Catalunya*, efectuando en ese mismo año peticiones concretas a la regente en (oficialidad de la lengua, tribunales propios...), pero será todavía un mensaje de la burguesía media. La alta burguesía (Girona, Comillas...) sigue formando el llamado *grupo catalán de Madrid*.

En 1891 se creó la Unión Catalanista, como confederación de diversos grupos nacionalistas catalanes, dirigida principalmente por la *Lliga*. Fue este grupo quien organizó la asamblea de Manresa (marzo 1892) de la que salieron los que fueron considerados los fundamentos del programa de autonomía catalana, redactados por Prat de la Riba. No obstante, las bases de Manresa no eran enteramente representativas de la burguesía industrial catalana, la fuerza más importante residía aún en los grandes propietarios y en el grupo intelectual, acaudillado por el mismo Prat de la Riba.

Habría que esperar a la guerra de Cuba para que se produzca una evolución en la conciencia burguesa catalana. Todavía buena parte de ella no querrá romper con el poder central y apostará a la dudosa carta del general Polavieja; la mayoría de la burguesía industrial se sumará a las juntas de adhesión del general, las cuales acabarán transformándose en Unión Regionalista. Se crea el Instituto Agrícola Catalán, la Sociedad Económica de Amigos del País, Ateneo de Barcelona y otros organismos.

La experiencia de tendencia centralista de Polavieja no tiene grandes resultados, y en consecuencia la burguesía catalana se hará definitivamente *catalanista* (nacionalista), para lo cual la Unión Regionalista se fusionará con el *Centre Escolar Català*, formado por los jóvenes intelectuales que antes habían abandonado la *Unió Catalanista*. Ya en vísperas de las elecciones de 1901 se formará la *Lliga* nueva, partido interclasista y catalanista (con Prat, Cambó, Vergader, Carner,...) que durante tres o cuatro lustros tratará de hegemonizar el catalanismo e impedir la fusión de este con la izquierda.

País Vasco

En el País Vasco en cambio el Fuerismo fue lo que tuvo mayor importancia con relación a los movimientos nacionalistas. La supresión de los fueros fue considerada como un ataque a los vascos en lugar de a los carlistas. La sociedad vasca se modernizaba a gran velocidad, las condiciones económicas mejoraban considerablemente y las ciudades crecían. En esta coyuntura Sabino Arana sirve de detonador a un grupo nacionalista surgido en 1893, que extenderá rápidamente su influencia. En 1894 se fundó la primera sociedad nacionalista, el *Euskaldun Batzokija*, y en 1895 se constituyó el *Bizkai Buru Batzar*, directorio supremo del

nacionalismo vizcaíno(2que será luego vasco); el Partido Nacionalista Vasco es fundado por Arana en 1897. Su primera implantación se realizó en medios de pequeña burguesía y profesionales de Bilbao y su provincia. En 1895 Arana fue elegido diputado provincial por Bilbao y gozó por ello del apoyo del grupo de los llamados *euskalerriacos*, al frente de los cuales estaba Ramón de la Sota, que a finales de dicho año entrará en el PNV.

Con alguna que otra excepción, como las señaladas, la gran burguesía no tomará parte en los movimientos nacionalistas, sino que se integrará económica y políticamente en el bloque oligárquico central. El volumen de inversiones, la concentración y la naturaleza de sus explotaciones (siderurgia, energía eléctrica...) le plantea la necesidad de dominar todo el mercado español.

El asunto del nacionalismo en el País Vasco prevalece aún hoy en día, habiendo estado prácticamente apagado el movimiento durante la dictadura de Francisco Franco.

Galicia

En Galicia se partió también de un *Rexurdimiento* cultural en el que la obra de Rosalía de Castro, Curros Enríquez, etc., contribuyó a revigorizar el idioma y al desarrollo literario. De ahí se pasó a los planteamientos políticos en la obra de Alfredo Brañas, de evidente inspiración foralista e incluso carlista, y de Manuel Murguía, que preside desde 1890 la Asociación Regionalista Gallega. Además de estas corrientes, de importancia predominantemente intelectual, el problema central gallega, al terminar el siglo, seguirá siendo el de las rebeldías campesinas y el atraso estructural.

SOCIALISMO Y ANARQUISMO:

MOVIMIENTO OBRERO

Desde 1870 la I internacional propició la organización de grupos obreros en los principales núcleos industriales. Giuseppe Fanelli fue quien organizó la sección española de la Asociación Internacional de Trabajadores. Más tarde en 1870 se celebró en Barcelona el primer congreso Obrero y se creó la FRE, adscrita a la AIT, llegó a tener en 1873 a 30.000 afiliados, que se repartían entre Cataluña, Andalucía y Valencia.

El caso de España se vio especialmente influenciado por la división entre Marx y Bakunin; los grupos anarquistas tuvieron en un primer momento una mayor influencia, partiendo de la idea del rechazo al Estado y de repulsa a sus políticos y prácticas. Este anarquismo estuvo presente en las sublevaciones campesinas de finales del S.XIX y las múltiples manifestaciones de más adelante, algunas con acciones violentas e incluso atentados contra figuras importantes en la política del país, consideradas como símbolos de la opresión (Canalejas, Maura...). Estas prácticas disminuyeron a partir de 1907, con la formación de Solitaritat Obrera y la adopción del sindicalismo como forma de lucha. A pesar de sus intentos el anarquismo no consiguió tener influencia real y permanente hasta la creación de la CNT en 1911. En ese mismo año convocaron una huelga general, motivo por el cual el sindicato fue ilegalizado hasta 1914. Desde 1916, la Confederación cambió su estrategia de actuación respecto a UGT, organización sindical obrera española nacida en Barcelona en agosto de 1888, en íntima relación con el socialismo marxista a pesar de su apoliticismo estatutario. Entabló relaciones con este sindicato y ambos llegaron al acuerdo de convocar conjuntamente la huelga general de 1917. Los vínculos entre ambas organizaciones se estrecharon y, en el II Congreso de la CNT (1919), se formuló la posibilidad de unificar los dos sindicatos para propiciar la cohesión del proletariado. En dicho congreso se aprobó la vinculación provisional de la CNT a la III Internacional pero, tras la visita del dirigente Ángel Pestaña a la Unión Soviética, éste desaconsejó la incorporación, y en 1922 la CNT se apartó definitivamente de esta organización. El fortalecimiento significativo de este sindicato anarquista se produjo a partir de 1918, momento en que la crisis de la industria catalana impulsó a miles de obreros a afiliarse a la organización. Con el fin de contrarrestar la fuerza adquirida por la masa obrera organizada, surgió el pistolerismo, financiado por los patronos, que sembró la violencia ciudadana y logró desestabilizar el

sindicato. En 1923, tras la implantación de la dictadura de Primo de Rivera, la CNT entró en la clandestinidad, desestructurada y dividida internamente a causa de la presión ejercida por el ala radical de la Federación Anarquista Ibérica (FAI). Su actividad en este periodo estuvo marcada por la participación en varias confabulaciones dirigidas a terminar con el régimen.

El socialismo cuya doctrina trataba de compatibilizar la teoría marxista con el pragmatismo de una acción escalonada y posibilista, se fue abriendo paso encabezado por Pablo Iglesias y Jaime Vera, fundándose en 1879 el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), tras la escisión de la Federación Regional Española (FRE) de la I Internacional (AIT) y la decantación del pequeño grupo madrileño ('el grupo de los nueve') hacia el socialismo marxista, frente a la corriente mayoritaria de signo anarquista. Elaboraron amplios programas políticos y siguiendo las conclusiones de la II Internacional trataban de fortalecer el partido obrero para alcanzar el poder y establecer así el socialismo. Su organización se concentraba en las agrupaciones locales, cuyos representantes, reunidos en congresos, establecían la línea política con el Comité Central. *El Socialista*, fundado en 1886, era su órgano de expresión. Más tarde, en 1888 se fundó la UGT, que más que reivindicaciones políticas se ocupaba de asuntos concretos que afectaban directamente a los obreros, queriendo conseguir mayores salarios y mejorar las condiciones de trabajo, siempre dentro de un sindicalismo de concentración. Aprobados sus Estatutos en el Congreso de Barcelona de 1888, comenzó su andadura histórica en solitario, sin alianzas con fuerzas burguesas según la estrategia rigorista diseñada por Pablo Iglesias. Los débiles resultados obtenidos con el aislamiento promovieron, escudándose en la Semana Trágica y el rechazo al gobierno de Antonio Maura, un giro táctico y la conjunción con los republicanos en 1909, que pronto se tradujo en la obtención de un escaño parlamentario para su carismático líder (Pablo Iglesias) y en una mayor implantación política nacional. Actitudes como las mantenidas por el partido en la tensa crisis de 1917 y la inclusión en sus horizontes ideológicos de un programa agrario y municipal, contribuyeron a este progresivo afianzamiento peninsular y a una mayor redistribución geográfica (incorporación de Andalucía y algunas zonas extremeñas).

Ni anarquistas ni socialistas españoles produjeron grandes teóricos, pero sí importantes figuras fraguadas en la acción reivindicativa. Utilizaban el mitin, el panfleto o el folleto como medio de propaganda, y a través de los ateneos obreros o de la difusión de la literatura progresista, crearon escuelas propias que se configuraron como alternativa a la educación oficial o religiosa. En las conversaciones de café, siendo conocido el café Gijón de Madrid, se mantenían debates sobre política. La huelga fue su principal instrumento de protesta, produciéndose en 1890 la conocida huelga general de Vizcaya de 1890, en la que participaron más de 20.000 trabajadores, y que marcó la entrada en la era industrial de la clase obrera organizada. Los huelguistas vizcaínos conquistaron la jornada media de diez horas, y las organizaciones socialistas, aprovechando el recién reinstaurado sufragio universal, presentaron por primera vez candidatos en las elecciones de concejales de 1891.

Al principio, Pablo Iglesias defendió e impulsó la individualización del PSOE respecto a otras organizaciones, como fórmula de distinción de una oferta de clase de los socialistas, acentuando las diferencias con los republicanos. Tras los acontecimientos de la Semana Trágica se produjo la conjunción de ambos grupos de cara a las elecciones de 1910, que llevaron a Pablo Iglesias por primera vez al Congreso de los Diputados. En una de sus primeras intervenciones, en 1910, manifestaba: *habrá que reconocer que vivimos en un régimen de insolidaridad, en un régimen donde un número relativamente pequeño explota a la mayor parte de los individuos del país(...) que por consecuencia de este régimen, mientras a unos hombres les es permitido adquirir toda la construcción, a los otros les falta o la adquieren incompleta*